

LAS EXIGENCIAS DEL DIÁLOGO

Uno de los mayores obstáculos que los cristianos de hoy encontramos cuando intentamos hacer creíble nuestra opción de vida en medio de sociedades más o menos indiferentes a la fe es lo que podríamos llamar la primacía de nuestro *apego a la institución*: muy a menudo, la percepción de los no cristianos es que para nosotros lo más importante, lo primero, es *defender a la Iglesia*, y sólo después, si es posible, anunciar la buena noticia liberadora de Jesús y vivir según su mensaje. Y lo cierto, tristemente, es que muchas veces no les falta algo de razón.

Esta misma prioridad de la lealtad hacia la institución, que no es en absoluto exclusiva de los católicos ni de los cristianos, dificulta la conversación abierta y constructiva entre cristianos de diferentes denominaciones, y no digamos ya entre creyentes de diversas religiones o entre creyentes y no creyentes. Cada uno ve como lo esencial, lo primero, la defensa de su grupo particular.

De hecho, lo mismo ocurre en el mundo secular. La pertenencia a partidos políticos con opiniones opuestas, a colectivos asociativos de diversa índole o incluso a diferentes escuelas de pensamiento (filosófico, científico...) se convierte en *el factor determinante* de cualquier diálogo... y muy a menudo en aquello que imposibilita, o por lo menos dificulta tal diálogo.

Hay, en resumen, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil, *un déficit de diálogo* sobre las cuestiones de fondo, provocado por nuestra costumbre de anteponer el sentido de pertenencia (a la Iglesia, al partido, a la asociación...) a la búsqueda de respuestas sobre dichas cuestiones. Los humanos, que tanto hemos avanzado en muchos campos, seguimos sin embargo hablando poco y mal entre nosotros. El “formar parte” de un grupo acaba siendo lo determinante, y no la apertura real a las ideas y actitudes del otro. A buen seguro que hay razones psicológicas de peso para ello: dialogar abriéndonos realmente a lo que otros tienen que decir puede producir cierta sensación de vértigo. Todos anhelamos la seguridad que nos proporciona el sabernos parte de un conjunto, y lo pensamos mucho antes de poner en riesgo dicha pertenencia.

Al mismo tiempo, es indudable que vivimos cada vez más en sociedades en las que el diálogo se ha convertido en algo imprescindible. Nosotros, mucho más que nuestros abuelos y bisabuelos, vivimos en contextos plurales que sólo funcionarán si somos gente de diálogo. Priorizar o absolutizar la pertenencia a mi colectivo particular (político, religioso, ideológico), el “apego a la institución”, no ayudará a la resolución de conflictos o a enfrentar con inteligencia los retos que tenemos por delante.

La solución no pasa por renunciar alegremente a la identidad que nos da la pertenencia a un colectivo determinado. No se trata ni de eso ni tampoco de *esconder* la condición desde la que vamos al diálogo: si yo hablo como cristiano, como agnóstico, o como miembro de un partido o una escuela de pensamiento determinado es bueno que se sepa, que lo sepan los demás. Y no obstante, sería probablemente muy saludable plantear los límites de nuestro *apego a la institución*. En mi orden de prioridades, ¿qué lugar ocupa la defensa de mi colectivo y qué lugar ocupa la voluntad de crear vías de diálogo auténtico con los que no “son de los míos”? ¿Hasta dónde debo absolutizar todo lo que “mi” grupo defiende? ¿Qué espacio queda para la auto-crítica?

En términos evangélicos, la pregunta se podría reformular así: ¿Hasta qué punto y en qué circunstancias podemos y de hecho debemos los cristianos poner en segundo término nuestra defensa de la institución eclesial para avanzar en la construcción del Reino de Dios?

Hay dos pasajes del Evangelio que quizá pueden iluminar esas preguntas y sugerir criterios de actuación. Nada mejor, para nosotros los creyentes, que recurrir a ellos para buscar pistas adecuadas que nos ayuden a caminar por el terreno del diálogo con los que no comparten nuestra fe. Y de paso, son pistas que pueden ayudar a cualquier tipo de diálogo entre miembros de colectivos diversos, más allá de la esfera eclesial.

Son dos conocidas frases de Jesús que recoge el Evangelio de Lucas, y que a primera vista pueden parecer como contradictorias entre sí. Cuando en Lc 9, 49 algunos de sus discípulos han querido impedir que “unos que no son de los nuestros” expulsaran espíritus inmundos en nombre de Jesús, éste dice que no se lo impidan, y sentencia: “El que no está contra vosotros está a favor vuestro” (Lc 9, 50). Un par de capítulos más tarde, en una confrontación con unos interlocutores que lo cuestionan, Jesús dirá: “El que no está conmigo, está contra mí” (Lc 11, 23^a). Curiosamente, en Marcos solo hallamos la primera de las dos frases (Mc 9, 40), pero no la segunda. En cambio, en Mateo encontramos la segunda (Mt 12, 30) pero no la primera. Sólo Lucas recoge las dos.

De entrada, como apuntábamos, estas dos afirmaciones parecen ser contradictorias: la primera, diciendo que basta con que alguien no se oponga directamente a Jesús para que esté a su favor; la segunda, en cambio, diciendo que o se está explícitamente con él o ya se está en su contra.

Y sin embargo cuando nos detenemos a pensarlas en sus respectivos contextos vemos que en realidad no hay tal oposición. De hecho, lo que quisiéramos destacar es que, con énfasis distintos, esencialmente apoyan un mismo principio –principio que nos ayudará en el asunto de discernir acerca de la importancia que deberíamos atribuir al “apego a la institución”.

“El que no está contra nosotros está con nosotros” es una frase incluyente, que pretende enseñar que “ser de los nuestros” es mucho más que pertenecer al grupo de los que explícitamente siguen a Jesús. En su contexto, donde unos que no eran “del grupo” de seguidores de Jesús *hacían el bien* (expulsaban demonios, ayudando a liberar a personas), queda claro que Jesús está diciendo que *todo el que hace el bien ya está con él*, aunque no sea explícitamente su seguidor.

La otra frase aparece en el contexto de la polémica de si Jesús expulsa demonios con el poder de Belzebú, y lo que Jesús afirma allí es que, en la lucha contra todo lo que oprime y esclaviza a las personas, no hacer nada y estarse cruzado de brazos *ya es tomar partido en contra de los que buscan la liberación de sus semejantes*. Por decirlo en términos más teológicos: en la tensión entre el bien y el mal, pretender ser neutral ya es optar por el mal. No construir activamente el Reino de Dios ya es someterse a y abogar por el reino del egoísmo. Y dicho en un lenguaje más sociológico: hay en el mundo tanta injusticia y desigualdad, tanta violencia y tantos desequilibrios, que quedarse *indiferente e inactivo* ante estas realidades, como si no tuvieran nada que ver con uno, *ya es apoyarlas y promoverlas*.

Vista así, esta segunda afirmación no es tanto una frase mediante la que Jesús reclama una adhesión explícita a su persona (eso sí contradiría Lc 9, 50) como *una queja contra el que no hace nada por los demás*. Frase que puesta en paralelo con la otra viene a afirmar, pues, lo mismo: *que lo esencial es “hacer el bien”, desde la plataforma que sea*. Quien hace el bien está con Jesús; quien no lo hace (y podríamos añadir, ¡incluso si nominalmente fuera miembro de su Iglesia!) ya está en su contra.

El mensaje que, juntos, nos aportan estos dos pasajes tiene naturalmente consecuencias para el diálogo ecuménico, para el diálogo con los no creyentes y para cualquier tipo de diálogo entre miembros de grupos diversos: porque Jesús mismo parece estar menos preocupado por la pertenencia de las personas a un colectivo organizado (una institución) que atento a quien está dispuesto a luchar a favor de sus hermanos. El diálogo verdadero con los que no piensan como nosotros nos exige la valentía de poner en un segundo plano el apego a nuestras instituciones.

Dialogar de verdad nunca es sencillo. La tentación de cerrar filas detrás de las posturas prefijadas de “mi” colectivo es muy fuerte. Y sin embargo, este apego a la institución, que obstaculiza el diálogo, no es ni lo que necesitamos en nuestro mundo ni lo que propone Jesús en los evangelios.

Martí Colom